

Asistencia espiritual al moribundo

“Nacer, morir, volver a nacer y progresar sin cesar”.

Esta frase resume la verdad que representa la ley universal de la reencarnación. El proceso palingenésico, es el mecanismo a través del cual se cumple la ley del progreso del espíritu.

Estas dos leyes regulan el proceso sin fin, que permite el desarrollo de las facultades del espíritu que somos, para que, obteniendo paso a paso, en cada encarnación, un conocimiento mayor de todas las verdades que encierra el universo donde vivimos, nuestra conciencia se amplíe; de esa manera logremos suavizar nuestros sentimientos, nos hagamos más bondadosos y podamos así, poner nuestra voluntad al servicio de la sabiduría que adquirimos.

Cada encarnación representa un nuevo escalón en nuestro camino ascendente hacia la verdad, la justicia y la belleza. La justicia inmanente de Dios, se expresará en la consecuencia agradable o desagradable generada por nuestras actuaciones. La bondad y misericordia infinita de la Causa Primera de todas las causas se manifestará precisamente en esas nuevas oportunidades que cada encarnación nos brinda para aprender, para educarnos.

No nos esperan premios ni castigos. Toda imperfección debe ser mejorada. Cada uno de nosotros recibirá según sus obras. El camino de la felicidad nos espera a todos. Cada uno decide el ritmo y la velocidad de su ascenso.

Este es el mensaje que debemos llevar al moribundo. Un mensaje de esperanza y de certeza. Esta certeza y esta esperanza están basadas en la investigación científica y en las constantes comunicaciones y conversaciones que tenemos con quienes están en el mundo de los espíritus, luego de su desencarnación o muerte física.

Cómo transmitir este mensaje, plantea dificultades derivadas del grado de conocimiento que posea la persona a quien se lo deseamos hacer llegar, y del momento u oportunidad en que lo vamos a intentar.

Ante quien conoce las verdades que la ciencia del espíritu enseña, no plantea ninguna dificultad; le tranquilizará que le recuerden y le reafirmen los conceptos que han sido el norte de su vida. A él nos podemos dirigir de la misma manera, aún cuando ya haya entrado en un estado alterado de su consciencia, próximo a su desencarnación, con la esperanza de que aún puede recibir nuestro mensaje de paz y amor.

A las personas que tienen otras creencias, filosofías o religiones, son deístas y espiritualistas, este mensaje debe ser transmitido

ajustándolo a la idea que tienen de su condición espiritual. Hay que reafirmarles la convicción de que su espíritu continuará viviendo; que se encontrará rodeado de seres de luz, espíritus de amigos y familiares que lo ayudarán a seguir buscando su perfección y su encuentro con la bondad infinita de Dios. No parece prudente confundirlo o enfrentarlo con el planteo minucioso y detallado de nuevos esquemas, pero sí, reafirmarle su sentimiento de que Dios existe y que nadie está desamparado jamás. Invitarlo a que se prepare a vivir en un mundo nuevo y hermoso, espiritual, diferente y a olvidar todo lo que ya pasó. Ha concluido su angustia por todo lo material; lo de aquí, debe quedar aquí. Comienza un nuevo tiempo, un nuevo ciclo; es primavera otra vez.

Perdonar y perdonarse debe ser la consigna, porque su espíritu debe continuar, debe avanzar. Invitarlo a irse sin rencores y a confiar en que recibirá justicia. No lo esperan ni castigos ni reproches y mucho menos eternos. Vivirá en un mundo distinto, diferente, que lo ayudará a rectificar y a enmendar errores; también a aceptar las consecuencias, para entender, para poder comprender el universo donde vive.

Si ya no nos puede oír, intentaremos hablarle a su espíritu con nuestro pensamiento, para transmitirle toda la verdad, invitándolo a que considere esta forma diferente de entender la vida, para que cambie sus viejos pensamientos.

A manera de guía, ejemplo u orientación práctica, escribo los párrafos siguientes que expresan como trato de elevar mi pensamiento junto al que está por morir.

Amigo, compañero o hermano. Te veo detenido; como sin fuerzas para seguir adelante. Tu cuerpo ya no te acompaña con el vigor de antes. Ya no puede continuar haciendo su tarea. El tiempo y los maltratos a que por tus equivocaciones y tus errores, frutos de tu ignorancia, lo has sometido, han ido dejando su huella. Lo has convertido en un vehículo que no te sirve más.

Piensa; ya es tiempo de regresar a tu condición de espíritu sin cuerpo, sin organismo para conducir, de conductor sin auto para manejar. Es tiempo de morir, como acostumbramos a decir. Es tiempo para reflexionar otra vez: qué hiciste; cuánto has aprendido, cuánto has progresado y también, cuántos errores has cometido; cuánto has dañado por tu ignorancia; cuánto camino te queda por recorrer, cuánto te falta por aprender; cuánto bien has dejado de hacer.

Ahora debe cumplirse la ley: “Nacer, morir, volver a nacer y progresar sin cesar”. Piensa: “Nadie está desamparado jamás”. “Dios existe”. No sabes qué es, yo tampoco; pero intuimos su presencia, su bondad, su justicia y su amparo permanente. Su misericordia hará que seres de luz, espíritus como tú, pero más adelantados que tú, te orienten, te enseñen y te animen a continuar; te ayuden a comprender y a rectificar para que te decidas a enmendar, porque es necesario que en ti se cumpla la ley de causa y efecto; que sean las consecuencias de tus actuaciones las que te llenen de felicidad por los méritos que has logrado en tu lucha por la verdad, la belleza y la justicia. Pero asume, también, que será la consecuencia de tus equivocaciones, fruto de tu ignorancia, la que te obligará a reparar los daños que hayas ocasionado. En esa rectificación estará tu aprendizaje y tu progreso. Así se expresarán la bondad y la justicia infinita de Dios. ¡Adelante, espíritu inmortal!

No te detengas en la ruta que conduce hacia lo noble, hacia la belleza y hacia la luz que encierra la verdad inmensa del universo en el que existes. Nada tienes que temer. Estás llamado a un crecimiento de límites inimaginables, para colaborar en el mantenimiento del universo, llevando luz a los espíritus que aún se mantienen en las tinieblas de la ignorancia.

Vete, pues. ¡Sigue!. Iré después que tú. No te digo adiós, te digo hasta siempre, porque mi pensamiento y mis sentimientos estarán junto a ti, cada vez que piense en la verdad, en la belleza, en la justicia y en la armonía infinita de Dios.